

Siria en el colimador

ELSON CONCEPCIÓN PÉREZ

Todo parece indicar que ahora el ataque armado es contra Siria, pero los antecedentes son imposibles de obviar. En la Yugoslavia de 1999 Washington falsificó imágenes, fabricó hechos horribles que atribuyó a las autoridades serbias y luego tuvo que admitir que eran falsos. Durante varios días, y sin que el Consejo de Seguridad de la ONU lo aprobara, el Pentágono junto a la OTAN "cocinaron" el plan para lanzar los ataques contra el país balcánico.

Resultado: 78 días y noches de ataques contra Belgrado y otras ciudades y aldeas serbias. Miles de muertos y heridos. Guarderías infantiles, con niños dentro de ellas, fueron voladas en pedazos por los misiles crucero Tomahawk.

Días después el mundo supo que la llamada "limpieza étnica" que Washington usó como argumento para esas acciones, era una completa mentira y que en Kosovo lo que existían, más que todo, eran enfrentamientos entre albanos-kosovares que querían anexar el territorio a Albania y los serbio-kosovares que defendían el derecho a vivir, como lo habían hecho desde hace miles de años, en esa, su tierra, bajo la protección serbia.

Pero ya era tarde. Los muertos se contaban por miles. El uranio empobrecido sembrado por los bombardeos mató y mutiló a miles, y dejó la huella de la muerte en otros cientos que aún hoy padecen de leucemia y otras enfermedades oncológicas.

Vi en la exYugoslavia con mis propios ojos, cómo habían quedado las guarderías, iglesias, edificios, las emisoras de televisión, y hasta la embajada china, entre los "objetivos" bombardeados por los aviones norteamericanos.

La ONU, ignorada por Estados Unidos y las potencias occidentales, ni siquiera una propuesta de sanción hizo aprobar por las bárbaras acciones y el irrespeto hacia su autoridad internacional totalmente desconocida.

En el año 2003, un presidente fascista en la silla de la Casa Blanca norteamericana, "fabricó" la existencia de armas prohibidas en Iraq y vínculos de la organización terrorista Al Qaeda con el gobierno de Sadam Hussein.

Con semejante discurso, y aún frescas las huellas de la humillación que causarían a Washington los ataques a las Torres Gemelas y el Pentágono, George W. Bush no tenía que hacer mucho esfuerzo para alistar hombres y medios y lanzarse por aire, mar y tierra contra Iraq, país cuyo gobierno poco hizo para defender su soberanía.

Al mismo gobierno iraquí al que Washington le brindó toda información de Inteligencia para que lanzara ataques químicos contra Irán en una guerra atroz que solo favoreció a Estados Unidos, ahora se le tildaba de poseer armas de exterminio masivo y de albergar en su territorio a terroristas de Al Qaeda.

A la semana de los ataques, ya la Casa Blanca reconocía, y el mundo, con pudor e incredulidad se enteraba de que el argumento de la agresión no era cier-

to y que en Iraq ni había ese tipo de armas ni se conocían a los hombres de Al Qaeda.

El Consejo de Seguridad de la ONU, al "enterarse" de la verdad o admitir la falacia fabricada por Washington, no pudo más que lamentar el error y pronunciarse con frases vagas para que no se albergara ninguna esperanza de crítica a los anfitriones de su sede.

Con Afganistán pasó otro tanto: buscaban a un Bin Laden que solo pudieron capturar y asesinar durante una oscura acción —aún hoy sin aclararse— en territorio de Paquistán.

El mulá Omar, presidente talibán despojado por las fuerzas de ocupación norteamericanas y de la OTAN, aun cojeando pudo perderse en territorio afgano y todavía hoy no se sabe de él. Más de 160 mil soldados norteamericanos y otros miles europeos, nada pudieron lograr en aquellas tierras, que no sea el acelerado deterioro gubernamental y los cientos de miles de víctimas civiles en uno de los países más empobrecidos de la geografía mundial.

Libia sufrió también la guerra mediática de las mentiras para justificar un ataque militar que masacró a pobladores, incluyendo al Presidente de esa nación. Hoy Libia es totalmente inestable y se conoce que fuerzas de Al Qaeda actúan en una buena parte de su territorio "liberado" por los yanquis.

Siria, el país árabe centro de los ataques —mediáticos y militares— es el objetivo actual. Para ello, Barack Obama, el marchito mandatario de



turno, usa los elementos que emplearon otros presidentes en Yugoslavia, Iraq y Afganistán y ha acudido a las experiencias de cómo se inventaron aquellas guerras, para lanzarse a esta nueva aventura.

Para justificar los ataques a Siria, vuelve la invención de las armas químicas y para actuar a espaldas de la ONU, los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, han declarado que pueden hacerlo bajo el pretexto de una "crisis humanitaria".

En estas circunstancias inciertas se ha despertado el mundo hoy, en espera del accionar del gatillo letal contra una Siria dispuesta a resistir y defenderse, a la que Washington tiene en el colimador esperando la orden del todopoderoso Obama.

Las razones ocultas del magnate mediático último modelo

Andrés Hax (*)

Jeff Bezos, el rey del libro electrónico, compró el The Washington Post por una cifra que podría considerarse una ganga y fue la noticia de la semana. ¿Por qué lo hizo y qué implica para el futuro incierto de los diarios en formato de papel?

Nadie sabe aún como interpretar la compra del The Washington Post, el lunes pasado, por Jeff Bezos. El Post, fundado en 1877, es uno de los diarios más influyentes de los Estados Unidos, junto al The Wall Street Journal y el The New York Times. Aparte de ser el primer matutino que leen todos los políticos de la ciudad más poderosa del mundo, es famoso internacionalmente por su cobertura del escándalo de Watergate durante el gobierno de Richard Nixon, lo cual resultó en la renuncia del presidente (la primera y única vez que ocurrió en la historia del país).

Jeff Bezos, sabemos todos, es el fundador, dueño y CEO de Amazon.com y uno de los hombres más ricos del planeta. Tiene 49 años de edad. Además de revolucionar el negocio del comercio electrónico (y perjudicar, en consecuencia, gravemente la tradicional venta por al menor en todos los rubros comerciales), ha sido el líder de la revolución del e-book, tanto desde el lado comercial como desde el elegante y útil dispositivo que su empresa diseñó para comprar, almacenar y leer libros electrónicos: el Kindle (que perjudicó, a su vez, gravemente la industria editorial tradicional y la de las librerías).

El diario le costó a Bezos 250 millones de dólares, un 1 % de su fortuna personal, según la revista Forbes, y lo pagó en efectivo. Como usted o yo compraríamos una tostadora en un supermercado, sin cuotas.

Tal vez lo más sorprendente de todo este asunto es el módico precio que se pagó por el diario. Para Bezos



es una inversión de riesgo cero, en cuanto a lo financiero. Repetimos: representa un 1 % de su banca. Hay decenas de equipos de fútbol que valen mucho más que eso. Solamente el contrato de rescisión de Lionel Messi del Fútbol Club Barcelona es de 250 000 euros, 33 % más de lo que le costó el The Washington Post a Bezos.

Con el The Washington Post en su poder, Bezos no solo se ha comprado un diario. Se ha comprado un lugar en Washington. Se ha comprado, también, la agenda más impresionante que existe en el planeta. Y un medio en el cual, seguramente, iniciará una serie de experimentos desde lo tecnológico hasta lo comercial y periodístico que pueden marcar un hito en el cambio definitivo, tan prometido, de los diarios del formato papel al digital.

En una escueta carta a los empleados del Post publicada el 5 de agosto, Bezos aseguró que no iba a cambiar la política editorial del periódico ni sus valores centrales. También afirmó que no estaría dirigiendo el dia-

rio en sus operaciones día a día, sino que iba a seguir en el otro Washington con su trabajo que ama.

La línea más potente de esa carta de un solo párrafo dice: "El diario seguirá debiéndose a sus lectores y no a los intereses privados de los dueños. Seguiremos persiguiendo la verdad, sea donde sea que nos lleve, y trabajaremos duro para no cometer errores. Cuando los cometamos, los admitiremos rápida y completamente".

Bezos es uno de los hombres de negocios más astutos de su generación. Vio oportunidades que hoy parecen obvias pero que en su momento parecían recetas de fracaso. Si hay algo seguro es que no compró el Post para ganar dinero. Por lo menos en el formato en el cual está hoy.

Hace tiempo que el negocio de los diarios en papel no rinde. Según una nota en Businessweek, el The Washington Post ha perdido un 44 % de ganancias en los últimos seis años. Donald Graham, el encargado del diario familiar, dijo, explicando su venta, que no podía seguir perdiendo el dinero de sus accionistas.

Aunque algunos especulan que esta compra de Bezos es para aumentar su influencia política en Washington y así favorecer su propia empresa, hay otros que enfatizan que Bezos siempre ha tenido una veneración por la palabra escrita y por los diarios.

Hoy mismo, el sitio Nieman Journalism Lab publicó una extensa nota con decenas de links vinculada al debate sobre cuál fue la motivación de Bezos en su compra. Este sitio, especializado en el periodismo, resalta por la mera proliferación de ideas contradictorias que se han publicado en diversos periódicos estadounidenses, lo que afirmamos al principio de esta nota: no se sabe por qué lo hizo y nadie sabe lo que va a pasar.

(*) Periodista. En Bitácora, de Uruguay.